

TIM GAUTREAU

el mismo sitio, las mismas cosas

Traducción de José Gabriel Rodríguez Pazos



La Huerta Grande

EDITORIAL

el mismo sitio, las mismas cosas

COLECCIÓN
Las Hespérides

TIM GAUTREAUX

el mismo sitio, las mismas cosas



ESLES DE CAYÓN
2018

El mismo sitio, las mismas cosas

El mecánico de bombas de riego iba con cuidado. Al ver el surco en el camino, redujo la marcha de su camioneta para poder atravesarlo despacio. Las finas ruedas de su vieja Ford dieron un buen bote y los ejes tocaron el suelo. Una bandada de mirlos salió volando de entre la maleza seca, siguió la línea del camino y se elevó hacia el cielo como un puñado de grava lanzado al aire. Se preguntó cuánto más tendría que avanzar por aquel camino para llegar a la casa donde vivía la mujer. Cuando ella le llamó al motel, las indicaciones habían sido poco claras, como si no estuviera muy segura de dónde se encontraba su casa. A ambos lados del camino se veían campos de fresa recocidos por el sol. Llevaba siete semanas sin llover, por lo que le había dicho la gente de la zona.

Las ramas sin hojas parecían querer arrancar los faros delanteros. El polvo que se levantaba como maquillaje de mujer detrás de la camioneta había cubierto las matas de moras junto al camino, dándoles el aspecto de pesadas fuentes de lava. Era una sequía terrible.

Llegó finalmente a una casa de madera situada tras una desvencijada valla de alambre de espino. Detuvo la camioneta y se bajó. Nadie salía de la casa, así que cerró con fuerza la puerta de la camioneta y tosió de manera ostensible. Llevaba en esta parte del país el tiempo suficiente para saber que los campesinos no te

querían en su porche a no ser que fueras un pariente o un vecino. Ahora, durante la depresión, la vida era tan dura para ellos que no se fiaban de casi nadie. Decidió tocar la bocina, y fue recompensado con movimiento detrás de una de las ventanas. Al cabo de medio minuto salió una mujer con un vestido fino de algodón, de los de estar en casa.

—¿Es usted el de las bombas? —preguntó ella.

—Sí, señora. Me llamo Harry Lintel.

Ella lo miró de arriba abajo, como si se tratara de una cabra cuya compra estuviera considerando. Anduvo hasta el borde de su porche y volvió la vista hacia el campo que estaba detrás de la casa.

—Si va andando por ese sendero, encontrará a mi marido intentando arreglar la bomba.

A él no le gustó la mueca que había hecho ella al pronunciar la palabra «marido». Le incomodaba estar con mujeres a las que no les gustaban sus maridos. Ella bajó del porche, atravesó con cuidado los cinco metros de cardo y trébol que hacían las veces de jardín y se acercó al mecánico de bombas de riego, que la miraba con recelo. Las personas pobres le ponían nervioso. Él también era pobre, al menos por lo que respectaba al dinero, pero él no se avergonzaba ni estaba abatido, como muchos de los que había conocido en esta parte del estado, a los que los malos tiempos habían hundido y arruinado por dentro. Ella lo miró a los ojos:

—¿Qué edad piensa que tengo?

Podría tener cuarenta, cuatro años menos que él, pero con las mujeres del campo nunca se sabía. Observó su pelo cobrizo y sus ojos grises. Era delgada, pero su mirada tenía algo que denotaba dureza.

—Señora, he venido a arreglar su bomba. ¿Qué tipo de bomba es y qué es lo que le pasa?

—Mi marido estará de vuelta en un minuto. Él le podrá decir todo lo que usted necesita saber. Lo que yo quiero saber es de dónde es usted. Hacía tiempo que no escuchaba a nadie hablar como usted.

Tenía el pelo recogido atrás en un amplio moño que se tocó delicadamente. Este movimiento llamó la atención del mecánico. Pensó entonces que quizás estuviera más cerca de los treinta y cinco.

Harry Lintel metió la mano derecha en el bolsillo delantero y se apoyó en la puerta de su camioneta.

—Soy de Misuri —dijo, pasándose la mano por un mechón de su corto pelo rubio.

Ella seguía mirándolo con una expresión de intenso escrutinio.

—¿No hay bombas que arreglar en Misuri? —preguntó ella—. ¿O es que le ha echado su mujer?

—Mi mujer se murió —dijo él—. Y en cuanto a las bombas, cuando hay sequía y los mecánicos de la zona no dan abasto, o no hay mecánicos en la zona, me acerco a prestar mis servicios.

Él levantó la vista por encima de ella y se fijó en lo despintada que estaba la casa y en que habían tapado los cristales rotos con cartones.

—¿Y por qué no presta sus servicios en el sitio donde vive?

La miró con dureza. Esa pregunta revelaba ingenio, algo que hacía tiempo que no veía en una mujer.

—¿Dónde está su marido, señora? Me esperan trabajos bien pagados siguiendo por la 51.

—Tranquílcese, hombre. Ya le he dicho que está al llegar. —Cruzó los brazos y se acercó a él un paso—. Tengo curiosi-

dad por saber por qué alguien puede querer venir a esta parte de Luisiana.

—Voy detrás de las sequías —dijo, poniéndose derecho y caminando junto a la valla hasta el sitio donde esta se abría a un sendero lleno de surcos. La mujer lo siguió, deslizando las manos por las caderas para estirarse el vestido—. La semana pasada estuve en Texas. Me estaba yendo muy bien hasta que un aguacero que duró toda la noche llegó desde México y me dejó sin trabajo. La cosa dejó de ser una cuestión de bombeo, y con los mecánicos de la zona se apañaban. —Dirigió la vista hacia el fondo del camino, todo lo lejos que alcanzaba a ver en aquel campo de plantas raquílicas—. El mes anterior estuve en el norte de Georgia. Antes estuve arreglando bombas en Alabama. Esos lo pasaron mal con el pimiento verde... ¿Dónde demonios está su viejo?

—Nunca veo a nadie más que a mi marido y a dos o tres compradores que tienen tratos con él. —Ella empezó a observar la ropa del mecánico, lo cual le hizo sentirse incómodo, porque sabía que ella se había dado cuenta de que estaba limpia y sin remiendos. Llevaba una camisa de caqui y unos pantalones. Quizás ella no conociera a gente con la ropa sin remendar. Su vestido parecía hecho con la tela de una cortina descolorida—. Texas —dijo—. Vi su anuncio en el periódico y pensé que era usted un viajante.

—No, señora —dijo él—. Soy un hombre que viaja.

Vio que ella no había entendido que había una diferencia. Parecía desesperada y aburrida, pero mucha de la gente a la que había conocido era así. Sin embargo, muy pocos sentían curiosidad por saber de dónde venía. Solo les importaba que era Harry Lintel, el hombre capaz de arreglar cualquier bomba de riego y todo tipo de motores, antiguos o modernos.

Empezó a atravesar el campo en dirección a una hilera de árboles que se divisaba a medio kilómetro, y la mujer volvió rápidamente a la casa. Suspendido entre la casa y una lila, vio un cable que continuaba a través de una larga hilera de sauces que seguían el borde de una acequia, y supuso que acababa en una bomba eléctrica. Se sentía casi decepcionado por que la mujer no le estuviera siguiendo.

Mientras caminaba, contempló los campos que circundaban la casa. Eran de lo peor que había visto. Pasó junto a un tractor modelo Titan, apoyado en bloques de madera entre la maleza y con la cabeza del cilindro agrietada. Detrás de él había un descargador circular oxidado, que todavía habría podido usarse, si lo hubieran cuidado. En el campo de su derecha, había dos vacas aquejadas de timpanismo.

Tenía la camisa empapada en sudor cuando llegó a la delgada franja de pinos invadidos de zarzas que marcaban el límite del campo. A unos cincuenta metros, siguiendo la hilera de árboles, había un hombre inclinado sobre un motor eléctrico, de espaldas al mecánico. Lintel lo llamó y comenzó a caminar hacia él, pero el hombre no contestó; el mecánico de bombas supuso que estaría concentrado en la minuciosa revisión de alguna correa de transmisión. El agricultor estaba tendido sobre una rejilla metálica colocada encima de un pozo abierto. Harry se acercó a él y le saludó, pero el agricultor no respondió. Parecía dormido, a pesar de encontrarse a pleno sol y con la camiseta interior húmeda como un paño de secar platos. Harry se agachó y observó la bomba y cómo estaba instalada. Vio que estaba atornillada a la rejilla sin ningún tipo de aislante. Dos cables sueltos colgaban hasta el interior del pozo. Se fijó en el cuerpo y se dio cuenta de que el hombre no respiraba. Se arrodilló y tocó la rejilla metálica con los

nudillos. No daba calambre, así que cogió al hombre por los brazos y lo apartó del motor dándole la vuelta. Estaba muerto, sin duda: electrocutado. Tenía los dedos quemados y una raya negra le recorría la pernera del pantalón. Le buscó el pulso en el cuello y, al no encontrarlo, se quedó un buen rato sentado, estudiando aquella cara ancha y vulgar, una cara enfadada y estúpida incluso en la muerte. Echó un vistazo a aquellos campos patéticos, como si ellos tuvieran la culpa, se levantó y se dirigió a la casa.

La mujer estaba sentada en una mecedora en el porche, mirando hacia un barbecho reseco. Dirigió la vista hacia el mecánico y sonrió, levemente.

Harry Lintel se frotó la barbilla.

—¿Tiene usted teléfono?

—No —dijo ella, alisándose el pelo con la mano derecha—. Hay uno en la tienda que está en la 51.

Él no quería decirle nada, porque pensaba que sería mejor que otra persona le diera la noticia.

—¿Tiene alguna amiga que viva por aquí cerca?

Ella fijó en él la mirada, abriendo mucho sus ojos grises.

—¿Para qué quiere saber eso?

—Tengo mis motivos —dijo él, mientras se subía a su camioneta polvorienta, intentando dar la impresión de que nada había pasado. Quería poner una distancia entre él y el dolor que ella iba a padecer.

—La primera casa que hay donde se gira para venir aquí, ahí vive Mary. Pero no tiene teléfono.

—Luego la veo —dijo él arrancando la camioneta.

En la carretera vio a Mary y le dijo que fuera a decirle a la mujer que su marido estaba muerto junto a la bomba. La anciana se limitó a asentir y a entrar en casa para decirle a su hijo que la

acompañara. Su indolencia le molestó. ¿No le preocupaba a esa mujer la muerte de un vecino?

En la tienda telefoneó al *sheriff* y esperó. Volvió a la casa con los ayudantes del *sheriff* y les contó lo que sabía. Cuando estuvieron junto al cuerpo, los representantes de la ley levantaron la vista hacia el cielo seco y le dijeron al mecánico de bombas que volviera a la tarea, que ellos se ocuparían de todo.

De vuelta, pasó andando con uno de los ayudantes por delante de la casa. Procuró no mirar, pero no pudo evitar escuchar. No oyó nada: ni llantos, ni voces cargadas de emoción contenida. Las dos mujeres estaban en el peldaño del porche charlando tranquilamente, como si hablaran del precio de las fresas. La viuda lo miró fijamente mientras él se subía al coche de policía. A él le pareció percibir un cierto olor a perfume en el aire y se fijó en el sucio interior del coche buscando su origen.

Ese día arregló seis motores, salvando así a pequeñas explotaciones de convertirse en arena. Las reparaciones eran de las complicadas, de las que nadie más que él era capaz de hacer: engranajes de sincronización rotos, reguladores gastados, camisas agrietadas... Al menos una persona en cada explotación le preguntó si era él quien había encontrado al hombre muerto; y cuando decía que sí, aquellos hoscos campesinos se daban la vuelta y le dejaban solo con su trabajo. Avanzada la tarde, se encontraba calentando la cabeza del cilindro de un motor en su fragua portátil, muy atento a la tonalidad del metal para decidir cuándo estaba a la temperatura adecuada para aplicar el latón. Esperó hasta que el metal tuvo el color adecuado, como el rubor en las mejillas de una mujer, y entonces selló aquella difícil grieta con una limpia raya de latón fundido. Un campesino italiano lleno de arrugas lo observaba como un halcón

sobrevolando los pollitos, con los brazos cruzados sobre una desgastada camisa de loneta.

—No va a funcionar —dijo.

Pero cuando empezaba a anochecer, Harry hizo girar el volante de inercia, el motor cobró vida con un estallido pesado y sordo, y un reguero de agua con matices de puesta de sol empezó a correr por el campo. El campesino esbozó una sonrisa.

—Si no llega a arreglarlo, le echamos del distrito.

Harry se puso a limpiarse las manos concienzudamente.

—¿Por qué?

—Un desconocido que encuentra un muerto trae mala suerte.

—Mejor que lo haya encontrado yo que su mujer, ¿no?

El campesino tendió unos billetes a Harry, se dio la vuelta y empezó a caminar en dirección a la caseta de las herramientas.

—Esa mujer no se sorprende de nada.

Eran las ocho y media cuando llegó al motel Bell Pepper, un complejo de seis *bungalows* con estucado de color rosa y una gran ventana ovalada en cada uno. La recepción, en la que también había un pequeño café, permanecía abierta, pero él estaba demasiado cansado para comer. La cama, poco firme, cedió a su peso cuando se sentó en ella. Desde allí contempló la carretera y, detrás de ella, la vía, por la que un tren de cercanías avanzaba lentamente, y escuchó el pitido de la locomotora cuando el tren se acercaba al paso a nivel. En la lejanía se veía otra explotación agrícola, unas cinco hectáreas de cultivo solo interrumpido por una casucha de tejado de hojalata. Se preguntó cuántas mujeres más vivirían aisladas en medio del campo, sin un marido. La mujer del electrocutado ni siquiera tenía hijos que la distrajeran de su soledad. Él, sí. Se ha-

bía casado a los diecisiete años y había criado dos hijas y un hijo. Ahora tenía cuarenta y cuatro años y estaba solo desde la muerte de su mujer, hacía cinco años. El pequeño pueblo de Misuri donde había crecido no le daba trabajo suficiente, así que se había puesto en marcha, rumbo al sur y al suroeste, en busca de máquinas que nadie más que él era capaz de reparar.

A través de la ventana ovalada podía ver su camioneta. Él sí podía ir de un sitio a otro y conocer otras personas, y sentir pena al dejarlas o alegrarse de perderlas de vista. Miró la Ford con cariño y pensó en la carga que llevaba en su caja: tenazas de herrero, herramientas de soldadura, una fragua portátil, cajas de repuestos, llaves de todo tipo, grifas, carbón, cinceles, material para el sellado de juntas..., todo cubierto con una lona verde amarrada a los flancos de madera. Con su camioneta podía ir a donde quisiera, y con sus herramientas podía arreglar cualquier cosa, excepto el tiempo.

A la mañana siguiente, al amanecer, se dirigió a su primer trabajo de aquel día. Le pareció que el cielo de esas primeras horas tenía el color de la chapa cuando se calienta hasta que adquiere un gris azulado. Aparcó junto a la casa y un hombre bajo con un tupido bigote se acercó desde la parte de atrás, maldiciendo. Harry Lintel dejó el sombrero dentro de la camioneta y se pasó las manos por el pelo. Nunca se había encontrado gente a la que gustaran tan poco los desconocidos. El pequeño agricultor escupió en la rueda de la Ford y le dijo que la acercara al campo que había detrás de la casa.

—La McCormick no da ni media chispa —dijo.

Harry se volvió para meterse en la camioneta, pero por encima del capó vio, a doscientos metros, la parte de atrás de la

cabeza de una mujer que se movía entre los matorrales de un campo sin cultivar.

—¿Quién es? —preguntó, señalando dos campos más allá.

El campesino estiró el cuello pero no llegó a identificar la silueta, que desapareció tras unas zarzas que había entre dos campos.

—No lo sé —dijo el campesino, rascándose la barba de tres días—, pero una mujer que anda dando vueltas por ahí sin nada mejor que hacer no busca nada bueno. —Señaló a Harry con el dedo—. Si una mujer tiene mucho tiempo para pensar, ¡cuidado! Y ahora tú, a trabajar.

Fue un día abrasador y la piel le ardía empapada en sudor. A mediodía había arreglado tres motores, separados menos de un kilómetro uno de otro. Podía oír el ruido que hacían las bombas de riego de las pequeñas explotaciones que se encontraban a lo largo de la 51. Estaba en un campo de fresas acabando de reparar una International muy estropeada, cuando vio una mujer que se acercaba andando por el terraplén del ferrocarril con una cesta colgada del brazo derecho. Era la mujer del campesino muerto. Esperó hasta que solo unos surcos lo separaban de ella, alzó la vista y la miró. Ella le aguantó la mirada con sus ojos color níquel. En aquel momento se reconoció asustado: le asustaba el modo en que ella lo miraba. Harry Lintel podía entender cualquier máquina del mundo, pero tratándose de mujeres, echaba de menos un manual de instrucciones.

Ella se acercó a él y puso la cesta encima de las llaves.

—¿Comemos?

Él se limpió las manos con un trapo empapado en queroseno.

—¿De dónde sale?

—Esto no está lejos de mi casa —dijo ella.